www.alfaguara.com
Empieza a leer... Operacion Gladio

Benjamín Prado

Operación Gladio

Tal vez yo sea el hombre que vuelve de tu olvido.

LOUIS ARAGON

Capítulo uno

Miró hacia la derecha, al grupo de los que insultaban a los policías y a los operarios que en ese preciso instante amarraban con cables de acero la estatua del dictador, y después de estudiarlos detenidamente sacó una libreta y un bolígrafo y se puso a tomar notas sobre algunos de ellos. Lo hacía de tal manera, sin quitarles ojo mientras apuntaba en su cuaderno frases rápidas como latigazos, que alguien podría haber pensado que en lugar de escribir, dibujaba. En primer lugar, se fijó en un hombre de entre cuarenta y cincuenta años, vestido con un traje azul, que se mantenía un poco apartado del tumulto y miraba a su alrededor con una mezcla de apatía y desdén, mientras hablaba por su teléfono móvil. No gritaba ni hacía aspavientos, como los otros, pero si te concentrabas en su boca podías ver la brusquedad con que las palabras salían de ella, de un modo tajante, a veces como si fueran pequeñas explosiones, y no era difícil llegar a la conclusión de que no le gustaba en absoluto lo que estaba pasando allí. Después se detuvo en una mujer morena que estaba justo enfrente de él, cerca de los que iban a aplaudir emocionados, unos minutos más tarde, cuando la grúa se pusiese en marcha, el general a caballo desapareciera y sólo quedase del monumento injurioso un pedestal vacío. Llevaba una blusa roja y, aunque antes la había visto con otras tres personas, en ese momento se había separado de ellas y fumaba parsimoniosamente, apoyada en un coche oscuro. También ella parecía observar lo que pasaba con un distanciamiento que sólo te podías creer si no reparabas en sus ojos, porque en ellos se escondía un destello de ira, lo mismo

que bajo la delicada piel del pomelo se oculta la vorágine del amargor.

A primera vista, no se trataba de personas muy diferentes, porque ambos aparentaban tener más o menos la misma edad, vestían de un modo parecido, con la clase de ropa que usa alguien que tiene la nevera llena y un buen coche en el garaje; y tanto él como ella se conservaban bien, estaban delgados y su aspecto era vigoroso. Los partidarios de las expresiones paradójicas los definirían como personas de clase media-alta, de esas a las que a fin de mes les sobra dinero, aunque no sean tan ricas que para calcularlo hagan falta dos contables y un astrónomo, como les ocurre a algunos empresarios, a ciertos políticos y a todos los banqueros.

Sin embargo, su actitud era opuesta, y fue ese contraste lo que hizo que se detuviese en ellos. En el caso del hombre, que ya había acabado su charla telefónica, parecía obvio que se encontraba sometido a una gran tensión, porque el gesto irónico con el que se enmascaraba lo desmentían el trazo rígido de la boca, la mirada violenta y hasta su misma forma de permanecer inmutable, tan quieto y tan silencioso en un lugar en el que todos gritaban y se movían. Estaba claro que no quería hacerse notar en medio del jaleo, pero tampoco pasar inadvertido, así que intentaba dejar clara su postura y a la vez mantenerse al margen del alboroto, desligado de los que supuestamente estaban en su mismo bando, y a los que incluso daba la impresión de observar de forma despectiva, lo mismo que si los considerara unos aliados tan inevitables como indeseables. Le cayó mal a primera vista, y tanto los rasgos de su cara como sus movimientos, que en su opinión proporcionan siempre datos muy fiables sobre la naturaleza de las personas, le hicieron considerarlo, al menos de forma preventiva, uno de esos seres serviles con los poderosos y altaneros con los subordinados a quienes ella suele comparar con ciertas aves carroñeras, tan majestuosas

mientras están en las alturas y tan repulsivas cuando se posan en el suelo.

La mujer, por su parte, apuró su cigarrillo, sacó del bolso un teléfono móvil y le hizo una fotografía a la estatua, que ya había sido separada de su base y estaba dentro del camión en el que se la iban a llevar. Tampoco se podía decir que intentase destacar entre los suyos, pero al contrario que el hombre, y dejando aparte los ojos indignados, en su cara no había ninguna emoción legible a primera vista, sólo una paz exótica en aquel lugar e incongruente con aquella situación, que ella parecía afrontar, más bien, como quien celebra un ritual privado. Mientras la miraba, apuntó esa impresión en su cuaderno, en cuya tapa estaban escritos su nombre, Alicia Durán, y un número de teléfono, y empezó a preguntarse cómo podría explicarla en pocas palabras, porque ése es su trabajo, resumir, condensar, hacer que lo más grande quepa dentro de lo más pequeño.

Alicia es periodista, aunque espera no serlo por mucho tiempo, y no sólo había ido a aquella plaza a cubrir la noticia del desmontaje de la estatua del dictador, sino también para buscarle el final a una serie de entrevistas con personajes clave de la Transición que había publicado en su diario y con las que pensaba editar un libro. Lo que apareció en la prensa, y tal vez algunos de ustedes habrán leído, fueron siete conversaciones centradas en un momento terrible del año 1977, la llamada Semana Negra, que se vivió con la angustia de una cuenta atrás porque asesinos de todas clases envenenaban el país, la sangre corría de nuevo por las calles y la democracia, que tanto tiempo se había hecho esperar, pendía de un hilo muy débil al que acechaban numerosas tijeras, algunas de ellas ocultas en las manos más insospechadas, como empezó a intuir según avanzaba en su investigación y ciertas preguntas incómodas empezaban a llevarle la contraria a la verdad oficial. ¿Qué papel jugó el espionaje norteamericano en esos instantes? ¿Qué y quiénes estaban detrás de los GRAPO, un supues-

to grupo maoísta que, sin embargo, parecía más interesado que nadie en una nueva rebelión militar y que un ex agente de los servicios secretos de Estados Unidos, llamado Philip Agee, afirma que fue manejado por la CIA? ¿Qué precio pagaron los comunistas por su legalización? ¿Por qué se impidió que los jueces llegaran hasta los auténticos inspiradores de la célebre matanza de la calle de Atocha, en la que se mató a varios abogados laboralistas? ¿Por qué se abandonó, en ese caso, la pista que hablaba de organizaciones de ultraderecha italianas como Ordine Nuovo y de la red paramilitar Gladio? ¿Tal vez porque la última de ellas estaba controlada por la inteligencia norteamericana?

Cuando el director le encomendó el trabajo, por una parte se alegró, porque sabía que era un tema de portada; pero por otro lado le dio pereza ponerse a investigar aquella época que para ella resultaba bastante indefinida, porque es demasiado joven: tiene treinta y cinco años y cuando murió el dictador tenía dos. A algunos de sus compañeros de la redacción también les pareció que era pronto para poner en sus manos esa responsabilidad, porque se lo notó en la cara, y supo que en cuanto se diese la vuelta empezarían a calumniarla como hacen siempre que una mujer tiene éxito, que es atribuyéndole un lío con algún jefe. Pero como ella misma se suele decir para infundirse ánimos: a quién le importan los reyes del pasillo, esa gente que se pasa el día murmurando e intrigando en lugar de cumplir con sus obligaciones; que no considera su oficio una profesión sino sólo un empleo y que ve un rival en cualquiera que se tome en serio su trabajo, puesto que esa seriedad los pone en evidencia y los delata.

—Ojalá nunca dejen de hablar mal de mí —piensa—, porque con esos gandules no hay medias tintas: o eres su enemigo, o eres uno de ellos.

La serie de entrevistas tenía que empezar a publicarse en dos semanas, lo cual era toda una eternidad en ese mundo en el que, como suele decirse, generalmente te

piden las cosas para ayer; y todo ese tiempo lo pasó pegada al ordenador y leyendo, lo primero por la mañana y en la redacción y lo segundo de noche y en el salón de casa. A su pareja, que se llama Juan y es profesor en un instituto, se lo llevaban los demonios, porque la verdad es que no le hacía mucho caso, y tuvieron alguna que otra pelea; pero como él también escribe y, de hecho, ya ha publicado algunos ensayos y hasta una novela, al final tuvo que entenderlo y la ayudó bastante. Cuando todo acabó, Alicia le invitó a pasar un fin de semana en París, con una cena en La Coupole y una botella de Château Mouton Rothschild incluidas, así que no le salió mal el negocio. Ella es así, su lema es que el amor hay que ganárselo cada día y que a las personas que quieres hay que dárselo todo pero sin regalarles nada.

El director del periódico la animó a hacer las entrevistas a su manera, y le confesó que si había pensado en ella era porque le gustaba su estilo un poco irreverente; pero también le advirtió que no quería que se pusiera tan en primer plano, con lo cual Alicia supuso que la estaba acusando de ser una engreída. «Que se te vea en el texto —le dijo—, pero al lado del protagonista, no delante de él». Y acabó como lo hace siempre, poniendo un ejemplo, porque es de esas personas que parecen creer que los demás no les entienden o que ellas no saben explicarse, y por lo tanto recurren por costumbre a las parábolas, las alegorías y las moralejas. Esa vez, dijo: «No lo olvides: si eres el hombre del tiempo, tienes que apartarte para dejar ver los mapas». Hizo bien en no seguir al pie de la letra su consejo, porque seguramente de lo contrario no la habrían llamado de la editorial, donde le dijeron que lo que les había gustado de su trabajo era que fuese «tan controvertido, tan espontáneo y tan personal». Cuando le hicieron la proposición de convertir las entrevistas en un libro se llevó a la vez una sorpresa, una alegría y un susto, porque le hacía ilusión la idea pero no tenía muy claro de dónde

iba a sacar el tiempo para desarrollarla: los que no lo sepan por propia experiencia, no pueden ni imaginar hasta qué punto un periódico es, en muchos aspectos, un territorio al margen del mundo real, en el que al reloj no lo mueven las horas sino la actualidad, de manera que puedes llevar un día entero preparando tu sección, cerrando páginas y ajustando titulares, sumarios y entradillas, discutiendo con los fotógrafos que te quieren imponer imágenes que no te gustan, con los maquetadores que defienden su diseño aunque en él no quepan tus noticias o con el redactor jefe de mesa que quiere quitarte espacio para dárselo a Deportes o para poner un anuncio que ha llegado tarde; y después de todo eso, hacia las nueve de la noche, diez minutos antes de irte a casa, sucede algo que hace que vuelvan a ser las diez de la mañana, ocurre que alguien muere o nace, comete un atentado, sufre un accidente, recibe un premio, anuncia que se casa o que se divorcia, lo detiene la policía o sale de la prisión en la que estaba, dimite de su cargo o es sorprendido haciendo lo que no debiera... Pueden ocurrir mil cosas distintas, pero el resultado es siempre el mismo: has corrido mucho y no has avanzado nada, y te sientes igual que si una ola se hubiera llevado de repente todo lo que habías escrito sobre la arena. Si alguien obligara a Alicia a quitarse el blindaje del orgullo y ser sincera, tendría que admitir que algunas veces eso la ha obligado a encerrarse en el servicio para llorar.

En cualquier caso, al final le ganó tiempo al tiempo, rehízo las entrevistas, les añadió todo lo que estaba en las grabaciones originales y no había podido salir en el periódico por falta de espacio, o porque al director no le había parecido oportuno; escribió una introducción y, al ver el resultado, supo que no era bastante, con lo cual se encontró en una de esas situaciones en las que uno tiene la respuesta pero no la pregunta, porque sabe que necesitaba más, pero no sabe más de qué. Encontró la salida del laberinto aquella noche en la plaza de la que se llevaban la

estatua del dictador, mientras observaba a las personas que se habían reunido allí, y al verlas se dio cuenta de que también era necesario contar su historia para que el círculo se cerrase y la realidad quedara atrapada en su interior. «Me alegro de estar aquí y de haberme ofrecido voluntaria para cubrir la noticia en cuanto los teletipos dieron la alerta —se dijo, sin dejar de tomar apuntes en su cuaderno—. Y mira que estaba cansada y me moría de ganas de ir a casa, cenar algo ligero y meterme en la cama».

¿Por qué fue allí, entonces? Personalmente, no creo que fuera por simple curiosidad, suponiendo que tal cosa exista, porque en mi opinión la curiosidad nunca es simple, sólo lo es el desinterés. ¿Qué fue, entonces? ¿Un presentimiento? Yo diría que más bien fue la suma de una sospecha y una certeza, porque después de haberse dedicado muchas horas a estudiar el asunto que la ocupaba, había concluido, y así lo escribió en la última línea de su última entrevista, que «la Transición fue un triunfo de todos que también tuvo sus perdedores», y estuvo segura de que ellos también tendrían que estar presentes en su libro si quería contar en él la verdad. En cualquier caso, Alicia sabe que su trabajo no consiste en dar respuestas, sino sólo en buscarlas, porque un buen periodista no tiene que orquestar las cosas, sino oír su sonido y silbárselo a los lectores. Nada más que eso.

Cuando acabó de tomar las anotaciones que necesitaba para poder mandar su crónica, se acercó a la mujer y al hombre en los que se había fijado, y a algún otro de los presentes, y les preguntó si ellos, o alguien a quien conocieran y que creyese tener una historia que contar, le permitirían que los entrevistara para su libro. Algunos le dijeron que no y otros que sí, por ejemplo la mujer de la camisa roja, que trabajaba como voluntaria en una ONG dedicada a rehabilitar a víctimas de la Guerra Civil, y un matrimonio que estaba en primera línea, ella con un chándal verde oscuro y él con una camisa a cuadros; ella llo-

rando sin estridencias, tal vez con lágrimas que venían de una tristeza muy antigua que fue pasando con el tiempo del dolor a la amargura y de la amargura a la resignación como lava que se enfría, y él más exaltado, hasta el punto de que en un momento llegó a gritarles algo a los que defendían la estatua, algo dicho con rabia contenida, sin poderse reprimir pero a la vez queriendo sujetarse: sinvergüenzas, canallas, indecentes... El hombre del traje azul, con quien hablaba en el momento en que el otro lanzó su insulto, lo miró unos segundos y Alicia vio en su boca el veinte por ciento de una sonrisa: el resto se le fue en comisiones pagadas al sarcasmo, la displicencia y el enojo.

También escribió eso en su cuaderno, porque como les decía antes, le gusta estudiar la cara y los gestos de las personas y tratar de leer en ellos lo que a menudo ocultan sus palabras o sus actos, y por eso siempre ha sido aficionada a la morfopsicología, que es la ciencia que estudia la expresión de la gente y lee en ella los verdaderos rasgos de su carácter, los que se expresan a través de lo que llamamos comunicación no verbal, que es la responsable del setenta por ciento del impacto que causan en nosotros las personas con las que hablamos. Los viernes por la tarde, de cuatro a diez, asistía también a clases de Inteligencia Emocional en una escuela de Madrid, porque intentaba aprender a conocerse y, sobre todo, a descifrar a los demás, y también porque pensaba dedicarse a eso en el futuro. Su objetivo era sacarse el título, comprar una casa en algún lugar apartado, preferentemente en la sierra de Guadarrama, y montar allí un hotel en el que se pudiera pasar un buen fin de semana y en el que se enseñara a los alumnos a encontrar lo mejor de sí mismos y a ser más felices, por resumirlo a lo grande. En su imaginación, ese hotel ya estaba construido y era un sitio adorable, con un jardín, una chimenea y libros que leer, en el que se enseñaba a los alumnos a comprender y manejar las emociones, a reconocer los sentimientos, a ser más creativos, a luchar contra la ansiedad,

a controlar la timidez, a saber elegir y, entre otras muchas cosas, a no sabotearse a sí mismos, como la mayor parte de nosotros hacemos más veces de las que nos damos cuenta. Ése era su sueño.

Mientras lo hacía realidad, se contentaba con experimentar sus conocimientos en el campo del periodismo, lo cual incomodaba a algunos de sus entrevistados, que al someterlos a lo que los especialistas llaman una *lectura en frío,* se sentían tan cohibidos por la intensidad con que los analizaba, que uno de ellos llegó un momento en el que levantó las manos, se echó teatralmente hacia atrás y le dijo: «¡O te sueltas de mi esqueleto o no sigo hablando!». No es raro que el hombre se sintiese así ante una persona cuya máxima era: no tengo que escucharlos, tengo que ver qué tratan de ocultar con lo que dicen. Alicia está segura de que nada es invisible para quien sabe mirar, porque de una u otra manera todos llevamos la combinación de la caja fuerte escrita en la piel, y piensa que el diccionario se equivoca y *ver* vale menos que *entrever,* que en su opinión es el verbo que define la clarividencia. A menudo, ella y Juan apuestan sobre la verdadera índole de las personas con las que se cruzan, y como mientras Alicia recurre a la psicología él se ampara en el humor, se lo imaginó allí a su lado, mirando sarcásticamente al hombre del traje azul y diciendo: «No es mal tipo, lo que ocurre es que fue a que le operasen de cataratas y le implantaron por error el hígado de una orca». Cuando la divertía con esa clase de bromas, lo adoraba.

En cuanto tuvo los teléfonos que quería y el vehículo que se llevaba la estatua se marchó de la plaza, Alicia paró un taxi con una mano urgente y se fue a la carrera, porque tenía que enviar su crónica al periódico, que había retrasado el cierre para esperarla. La escribiría casi por completo de camino a casa, en el ordenador diminuto que le había traído Juan de un viaje que hizo a Estados Unidos, para asistir a un congreso de profesores, y que ella llevaba

siempre en el bolso, junto a una cámara digital, por lo que pudiera ocurrir. Sin embargo, cuando iba a comenzar el artículo, miró por el cristal trasero hacia la calle y al ver el camión en el que iba la estatua, que se alejaba lentamente por una avenida, escoltado por dos coches patrulla, le dijo al conductor que diera la vuelta y lo siguiese. La persecución llegó hasta las afueras y a un polígono, a cuya entrada les paró la policía para prohibirles el paso. Alicia fue a hacer una foto y se lo impidieron, aunque se identificara enseñando su carnet de periodista, pero al menos tuvo tiempo para anotar en su libreta el nombre que estaba escrito en la nave industrial frente a la que se había detenido la caravana. Luego, le pidió al chófer que la llevara a casa, lo más rápido que le fuera posible.

Con tanta precipitación, al salir de la plaza no se había dado cuenta de que aquel taxi se lo robaba, con muy malos modos, a otra mujer que también lo llamaba, unos metros más allá, y que se la quedó mirando con cara de fastidio e incluso golpeó furiosamente el suelo con el pie, lo mismo que si aplastase un insecto, al ver que se le adelantaban de esa forma. Alicia la había entrevisto antes, junto a aquella voluntaria de una ONG que vestía una camisa roja, pero ni entonces sintió mayor interés por aquella mujer de aspecto irascible que parecía tener prisa por marcharse de allí, ni en ese momento reparó en ella, y por lo tanto no la vio sacar un teléfono del bolso para responder con cara de pocos amigos a una llamada, diciendo:

—Soy la jueza Bárbara Valdés. ¿Quién habla?

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal).